

Fotografía: Rodulfo Gea / CNI-INBA

Carlos Ramírez Vuelas

Tríptico. Víctor Manuel Cárdenas con nosotros

Rodulfo Gea/CNI-INBA

I

VÍCTOR MANUEL CÁRDENAS tenía 45 años y yo 15 cuando lo saludé por primera vez en su antigua casa de la calle Libro de Texto.

Alguien me había dicho que el poeta más importante de Colima vivía muy cerca de la Secundaria Enrique Corona Morfín.

Alguien me había dicho que era considerado uno de los poetas jóvenes más importantes de México, que era un hombre poderoso, que era de trato difícil.

Pronto aprendí que con un poeta siempre es difícil hablar de poesía: sólo acepta la poesía verdadera.

Yo asistía a los talleres literarios de Verónica Zamora y Sergio Briceño. Conocer a Víctor Manuel Cárdenas fue conocer otra forma de entender la poesía. “La poesía/ no cambia/ nada/ Es un espejo/ donde se mira/ el que cambia”, sentenció en uno de sus poemas más conocidos.

A los pocos días de visitarlo, le presenté un puñado de poemas mal escritos, que él leyó atentamente y corrigió con aquella singular caligrafía suya, más de dibujante que de escritor.

Se entusiasmó con mis poemas que —me lo dijo después, entre broma y en serio— hizo pasar como suyos en una lectura con su mujer, Marisol Llerenas.

Víctor Manuel Cárdenas había regresado a Colima, luego de otra de sus muchas estancias fuera del terruño. Regresaba a coordinar el área de literatura del entonces Instituto Colimense de Cultura.

Coincidió con Verónica Zamora y Sergio Briceño en impulsar una colección de poesía para jóvenes autores, que al mismo tiempo homenajeaba a Balbino Dávalos, el poeta mayor del Estado: Costa Nativa.

Aunque he corregido lo más posible aquellos poemas, casi hasta convertirlos en otros, sigo fascinado con

la edición que Víctor Manuel Cárdenas preparó para mi delgada Calíope, con una hermosa viñeta de Jonathan Aparicio que él mismo eligió.

No dejamos de frecuentarnos, pero Víctor Manuel Cárdenas y yo seguimos nuestros rumbos.

Poco después de aquel primer encuentro, él pasó a candidato a la presidencia municipal de Colima por el Partido de la Revolución Democrática. Luego fue director de la revista *Tierra Adentro* del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Cuando comenzó con sus altibajos de salud, hacia 2004, yo emprendí mi primera andanada en la Ciudad de México.

La vida siempre nos reservó momentos deslumbrantes en un diálogo entre poetas. Un diálogo que se repitió, puntualmente, siempre que decidimos hablar de poesía. Siempre que me pidió que escribiera sobre su obra y su persona.

II

Víctor Manuel Cárdenas regresó a Colima a principios de los ochenta, cuando Griselda Álvarez celebraba un trienio al frente del Gobierno del Estado.

En cultura, el plan de desarrollo estatal incluía la edificación de la Biblioteca Pública Central Rafael Suárez, de la que Víctor Manuel fue nombrado director.

En principio, había vuelto a Colima por una encomienda familiar: ayudar a la administración del Palenque de la Feria de Todos Santos, encargo que abandonó para ocuparse de la Biblioteca.

Víctor llevaba cinco años de trashumancia: de Chiapas a la Ciudad de México y de la Ciudad de México a Chiapas. Cuando regresó a Colima, el poeta traía bajo su brazo algunos de sus poemarios más significativos: un mazazo de versos para detener el tiempo con el golpe de la realidad.

“Yo amo la realidad”, escribió orgulloso.

¹ Texto leído en el homenaje al poeta Víctor Manuel Cárdenas el 24 de agosto de 2017 en el Teatro Hidalgo de Colima, Colima.

En Chiapas, Víctor convivió con los poetas de *La espiga amotinada*, quienes gustaban de traducir poetas ingleses a lenguas indígenas con la mano protectora de Samuel Ruiz, el obispo de los zapatistas que orlaba salmos con salvas.

Era el chisporroteo que después centellaría en Ocosingo y en Oxchuc, tristemente, en Tonalá y en Chenalhó.

En la Ciudad de México, Víctor había descubierto el oficio de la poesía mientras estudiaba Historia.

En Chiapas, Víctor descubrió que la vocación de la historia era transformar la realidad.

Era eso (poesía/historia) o convertirse en pasto para las vacas sagradas de la academia, polvo profano de las bibliotecas.

Un enunciado que el poeta nunca aceptó.

Un verso es todo lo contrario a un enunciado.

En el jazz, en el blues, en la música de Mozart, la poesía de Víctor deslumbró en iluminaciones: Pablo Neruda abraza a Rimbaud.

Sólo la poesía es capaz de transformar la realidad, había leído en algún volumen de Rosa de Luxemburgo, dictado por Karl Marx.

Todo eso y algo de poesía náhuatl hablándole al oído.

En la Ciudad de México, Víctor cultivó el reconocimiento de otros poetas.

Víctor Sandoval lo prodigaba como un poeta imaginativo y colorido, porque en la poesía de Cárdenas aparecía, de improvisto, una luciérnaga: “luz de grillos”.

José Emilio Pacheco lo calificaba de cronista que miraba con desasosiego la irrupción de la vida urbana sobre el mundo sencillo de las comunidades, donde “la ciudad, esta ciudad, crece deforme”.

Y Rubén Bonifaz Nuño llegó a apreciar su sensibilidad musical para componer versos: “Ama a Ana, ámala. Alcázar”.

Los compañeros de generación de Víctor, en la Ciudad de México, en Chiapas, la generación de los nacidos en los cincuenta, también valoraban la poesía del poeta colimense.

Eduardo Casar, Bernardo Ruiz y Marco Antonio Campos, entre otros, se habían convertido en sus lectores.

La trayectoria de Víctor Manuel sumó más de tres décadas de intenso trabajo poético.

Por su aparición y su estética, fue una renovación absoluta en la manera de ejercer la poesía en Colima.

Tal vez porque está orientada bajo la premisa de Luis Cardoza y Aragón: “la poesía es la única prueba de la existencia del hombre”.

Las emociones del hombre contenidas en la poesía son la única prueba de su existencia: el amor enloquecido, la ternura salvaje de una niña, la incertidumbre del mar, el estrépito de la mañana en la pupila, el aire de luto en la muerte y la ironía, siempre, de todo eso, repetida a la vuelta del calendario.

Probablemente de ahí viene la vocación trashumante de la poesía de Víctor con el mundo: “¿Para qué/ tanta metafísica si el mundo es redondo, ordenado,/ injusto, desequilibrado?”.

III

Vi a Víctor Manuel Cárdenas bajo una delgadísima lluvia, fumando, una mañana de finales de septiembre de 2011, en la plaza central de Amberes, Bélgica.

Su cabeza, enfundada en un sombrero oscuro, seguía en Colima, como lo reveló unos días después, en sus “Cartas desde Bélgica”, que publicó por entonces en el *Diario de Colima*.

En la primera entrega de la serie epistolar intentó una analogía entre las dos ciudades: “Lo de ‘donde hace recodo el agua’ (Antwerpen) me recordó la interpretación del nombre de Colima que propone mi buen amigo Ernesto Terríquez; lo de las características de Amberes me recuerda que la importancia y calidad de una ciudad no tiene que ver sólo con su demografía y productividad, pues esta joya urbana de economía destacada a nivel mundial se puede recorrer a pie y cuenta con menos de quinientos mil habitantes”.

Vi a Víctor Manuel Cárdenas disfrutando la historia del sonido en el Museo de la Música; lo escuché recordando historias medievales de Flandes frente al río Escalda; lo vi deglutir un extraño inglés colimense para pedir café; lo escuché hablar con europeos sobre la situación de la violencia en México; percibí la armonía

de sus poemas en neerlandés; y traté de acompañarlo cuando me compartió las primeras versiones de *Bertha mira el infinito*, su último libro publicado en 2015, el precioso homenaje a su madre, y que maduró hasta convertirse en un hermoso libro de poesía.

Quiero decir, con la absoluta honestidad de un lector de poemas, que este volumen recuerda a los tremendos libros que algunos poetas han publicado en sus momentos de madurez.

El bienamado poeta de Víctor Manuel, T. S. Elliot, decía que la poesía debía escribirse y publicarse antes de los veinte años, cuando el brío juvenil permitía transformar al mundo; o después de los cincuenta, cuando el temple de la emoción permita fijarlo.

Es una sentencia que se cumple, por ejemplo, en *Los cisnes de Coole*, de William Butler Yeats. Ambos poetas pasaron de una etapa impetuosa en la construcción de imágenes reveladoras y emotivas, con una profunda singularidad ideológica, que deviene en la plenitud un discurso poético sencillo y decantado, cuya precisión depende más de la concisión expresiva que del estruendo musical en la versificación.

Por ejemplo, en el poema “Mar que regresa”:

Como mar que regresa después de la tormenta
de nuevo me visita la calma. Un suspiro será,
el instante necesario para apagar la vela
siguiente. Mucho de parir hay en el ingreso
hacia el callejón de la muerte. La fiebre
aumenta, los huesos se dislocan, el ansia
por llegar a la orilla es alimentado
por la seducción, por el trance de la urgencia.

La tarde noche que acompañé a Víctor Manuel en la lectura callada de los poemas de *Bertha mira al infinito*, fueron horas previas a nuestra despedida en Bélgica, luego de casi una semana de animosas correrías en las calles de Amberes. Ensombrecidos los dos, bebimos algunas copas de vino tinto.

Apenas unos días después, él interrumpió su estancia en Bélgica para regresar a Colima para palpar la mirada infinita de Bertha en los versos ya consumados, como Víctor nos recordó en las páginas de su columna

periodística, como si retomara aquellas cartas desde Bélgica: “Yo no quería soltar este libro, al cual sólo le hice pequeñas modificaciones desde 2011. En Amberes, me despedí de Bertha escuchando una misa solemne con órganos y coros. Y después, ya en el atrio de la imponente catedral, en plena soledad, dando vueltas a las páginas del poemario y bajo una lluvia ligera, escuché de pronto, desde la puerta principal, el violín solitario de Paganini... Era Bertha en su camino al infinito”.

Al igual que para ustedes, la edición final del libro es una magnífica sorpresa. Ya en su formato electrónico se antojaba peculiar y maravilloso, con las notables acuarelas de Sarah Vicent, que proyectan, al mismo tiempo, la gestualidad de un rostro y la armonía de un paisaje, para culminar en notables postales que se doblan en las siete secciones del libro: “Bertha”, “Bertha mira”, “Juego de cartas”, “Ya no soy la que fui”, “Historias”, “Lluvias/ confesiones” y “Coda”.

En este libro, el lector tiene en sus manos un volumen decantado por una voz primigenia, que evoca los momentos postreros de una madre. Un libro escrito con jirones de la infancia y los recuerdos de una mujer convencida en llamar a las cosas por su nombre.

Es la lección más alta de Víctor Manuel Cárdenas: aprender un lenguaje original para nombrar al mundo desde la conmoción que revelan los ciclos de la vida. Por eso, *Bertha mira al infinito* recupera las voces más íntimas del poeta, oraciones y cantos de la tribu, para enfrentar con sabiduría la intemperie de los días aciagos.

Fiel a la tierra como es siempre, Víctor Manuel sorprende con este libro, sin duda uno de los momentos de madurez de su obra poética. Y con la humildad de quien corta frutos del huerto y los comparte en la mesa, el poeta ilumina el rostro del lector, desde la primera página, con una intensa bienvenida escrita en versos sencillos y profundos.

Frutos, huerto y mesa, poemas de bienvenida que reconstruyen, felizmente, una casa. Una casona de este trópico nuestro, bajo las sombras de cedros y parotas, vigilada por crotos, orquídeas y colomos, donde nos espera Bertha. Miren: “Guardad silencio./ Guardad silencio./ por favor./ Bertha/ mira el infinito”. 